

La política en tiempos de la globalización

FERNANDO MIRES

La palabra globalización se ha convertido en un concepto múltiple, que remite tanto al fetichismo académico como a las modas intelectuales. También a veces describe procesos complejos, que sin embargo no parecen tan novedosos como se supone deberían ser. Alrededor del papel del Estado, la economía, la política y la desigualdad internacionales, la globalización plantea los mayores desafíos ideológicos de nuestro tiempo.

La globalización en primer lugar es una palabra. En las ciencias sociales no tenemos otra alternativa que trabajar con palabras que a la vez significan conceptos. Por esa razón suele suceder que, en ocasiones, procedemos con los conceptos como si fueran cosas. La verdad es que en pocos lugares como en el mundo de la academia estamos más cerca de caer en la tentación que surge del fetichismo de los conceptos. Este fetichismo opera cuando en lugar de actuar como signifiante, el concepto se apropia del espacio del significado y él mismo se constituye como significado. Por eso es que no está de más comenzar este ensayo con la pregunta: ¿Qué es globalización?

Ideas y palabras

Las respuestas a la pregunta, como es frecuente, serán múltiples. Pero tiene que haber alguna razón por la cual casi todos los científicos sociales se han puesto de acuerdo para hablar de globalización, y casi al unísono; debe haber ocurrido algo muy nuevo e inesperado para que haya sido necesario recurrir a un concepto tan absoluto y total. ¿O se trata de una simple palabra de moda? La pregunta no es inoportuna. A veces alguien inventa por casualidad un concepto, que después alguien más «importante» lo asume y lo divulga. Quizá escriba un libro que por razones no siempre explicables tenga éxito en el mercado, de modo que el concepto logrará imponerse y se harán cursos y

FERNANDO MIRES: politólogo y sociólogo chileno; profesor en el área de Política Internacional en la Universidad de Oldenburg, Alemania; autor, entre otros libros, de *El orden del caos* (1995), *La revolución que nadie soñó* (1996), *El malestar en la barbarie* (1998), Nueva Sociedad, Caracas.

Palabras clave: globalización, pensamiento social, economía.

seminarios acerca de su significado. Y de ahí probablemente aparecerán proyectos y programas de investigación que serán incluso transportados a los informes de algún instituto. Así ha ocurrido con conceptos como posmodernidad, por ejemplo, que surgió de un discurso sobre arquitectura, y terminó inundándolo todo, tal como hoy ocurre con la noción de globalización, que al parecer salió de un artículo periodístico acerca de la microelectrónica. Pero para que una idea se convierta en palabra es necesaria una idea, la que a su vez existe en otras palabras. En el caso de la idea de la globalización, existía antes de que encontrara su actual palabra. A partir de ese juego de ideas y palabras se explica una discusión que tuvo lugar entre dos académicos. Uno sostenía que la globalización, tal como es entendida por muchos economistas –esto es, como globalización puramente económica– comenzó con Cristóbal Colón. El otro afirmaba, en cambio, que la globalización comenzó con Marco Polo. Por lo tanto, el concepto no parecía para ambos ser demasiado reciente.

Aquello que se encontraba presente en esa curiosa discusión era la idea de que el capitalismo siempre había tendido a la globalidad. El colonialismo europeo no solo habría sido una causa del desarrollo del capitalismo, en eso estaban de acuerdo ambos académicos, sino que también su resultado, de modo que la tendencia hacia la globalización sería propia del desarrollo capitalista. Siguiendo el hilo de esa argumentación, la globalización tendría dos significados: uno tendencial, inscrito en la propia «lógica del capital»; otro descriptivo, que da cuenta del actual «estadio» del desarrollo capitalista. La tendencia inscrita en la lógica del capital se habría desarrollado, en nuestros días, hasta alcanzar su último momento: el de la globalización. La historia del capitalismo habría culminado, pues ese capitalismo no puede seguir avanzando habiendo cubierto toda la esfera de su realización: el globo. El capitalismo sólo puede seguir avanzando hacia Marte o Júpiter; aquí, en esta Tierra, ya no puede hacerlo más; está globalizada. Quizás deba señalarse que los dos académicos que discutían provienen de una tradición marxista. Y si hay una teoría que se haya ocupado minuciosamente del análisis del capitalismo como sistema «económico», esa es sin duda el marxismo. Y es obvio; si no hubiera existido el capitalismo no habría existido el marxismo, ya que en esencia el marxismo, por lo menos en la forma como fue históricamente construido, es un análisis del capitalismo, en función, por cierto, de su superación. Pero por esa misma razón si el objeto del marxismo ha sido el capitalismo, también se puede sostener a la inversa que, la construcción teórica del capitalismo es, en gran medida, una producción del marxismo.

La larga marcha ideológica de la globalización

Incluso podría decirse que la idea de la globalización ya estaba contenida en el Manifiesto Comunista. En el sinfónico estilo que utilizó Marx para componer su melodía, nos es relatada una odisea del capital que transformado en *capital-ismo*, avanza sin cesar a lo largo del planeta, apoderándose de todas sus riquezas y recursos, revolucionando modos de vida, destruyendo arcaicas tradiciones y, sobre todo, portando consigo la promesa de su superación a

partir de esa criatura del Capital que es el Proletariado. En algún momento, el capitalismo, totalmente globalizado, se estrellará consigo mismo, como consecuencia del (supuesto) conflicto que se da entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción; de ese conflicto surgirá el socialismo o comunismo, que es a su vez, para Marx, el comienzo de la historia, siendo el capitalismo, el fin de la prehistoria (Marx/Engels, t. 4, p. 482). La expansión capitalista, en la concepción darwinista de Marx es históricamente necesaria y, por lo tanto, cumple una función revolucionaria. ¿Qué importan los desastres y catástrofes que se producen en su avance globalizador?; lo que importa es su tarea histórica, que, de manera evidente, fascinaba a Marx, hasta el punto que, en un arranque de entusiasmo, disculpó, en nombre de la historia, los crímenes que cometían los ingleses en la India y en China (ibíd., t. 9, pp. 127-128), disculpando de paso, y sin saberlo, los crímenes que en nombre del propio Marx, cometería años después Stalin, al intentar desarrollar las fuerzas productivas en Rusia, para «alcanzar» al capitalismo.

Sólo desde la perspectiva de un capitalismo que por sobre intereses nacionales tiende a la globalización es coherente la consigna que propuso Marx en el Manifiesto: «Proletarios del mundo, uníos». Pese a su ofensivo esplendor, el llamado tiene un carácter más bien defensivo. El internacionalismo del proletariado fue para Marx antes que nada una respuesta política al internacionalismo económico del capital, que era cosmopolita; la «clase obrera», aunque deba actuar en naciones, debe organizarse también de modo internacional. La globalización económica ha de ser neutralizada con la globalización política. La idea de la globalización del capital continuó siendo obsesión para los sucesores de Marx. En particular fue intensa la tematización del problema entre los analistas del imperialismo. En ese sentido, uno de los más brillantes precursores de la teoría de la globalización fue el médico austriaco Rudolf Hilferding, cuyas tesis Lenin retomaría casi al pie de la letra, para presentar su «propia» teoría del imperialismo. Como escribía Hilferding en 1910: «El capital financiero, en su consumación se autonomiza del suelo de donde es originario. La circulación del dinero será innecesaria; el incesante devenir del dinero ha alcanzado su objetivo: la sociedad regulada, y el *perpetuum mobile* de la circulación, encuentra, al fin, su paz» (p. 126).

Ya fuera a través de la internacionalización del capital, por medio de la hegemonía del capital financiero, o de la cartelización, el motivo que apuntaba en Hilferding o Lenin —y podríamos agregar también en Rosa Luxemburgo— era tratar de demostrar que el socialismo, como alternativa al capitalismo, surgiría de condiciones determinadas por la expansión del capital a escala mundial. En términos actuales, la globalización de la economía era, para ellos, condición para la emergencia del socialismo. Según Lenin, la cadena imperialista debía romperse en sus eslabones más débiles, como Rusia; pero Rusia solo podría alcanzar la fase socialista, en el marco de una revolución mundial (global). A partir de esos análisis se explican las interminables discusiones biohistóricas que impregnaron la vida de los marxistas de todo el

mundo, relativas a si el desarrollo de las fuerzas productivas estaba tan avanzado (globalizado) como para intentar o postergar el «salto histórico» hacia aquel sistema genealógicamente «superior» que se suponía era, y debía ser, el socialismo. En ese punto no había muchas diferencias entre las principales fracciones de las primeras organizaciones socialistas. Como es sabido, dentro de las socialdemocracias europeas se impuso la tesis de Hilferding, relativa a que el capitalismo, en su propio desarrollo, lleva hacia «un capitalismo sin capitalistas», que mediante la hegemonía del «capital financiero» será socializado y centralizado, creándose así condiciones «objetivas» para el advenimiento del socialismo, tesis que asumieron los mencheviques rusos, para quienes la principal tarea histórica era esperar que el capitalismo estuviese desarrollado y así intentar una revolución. La variación leninista al plan menchevique fue la de usurpar el poder político por medio del «partido del proletariado» cuya misión sería administrar un capitalismo de Estado en espera de que el capitalismo estuviese bastante avanzado (o «globalizado»). La variación introducida por Trotsky fue que, dado que el capitalismo se desarrollaba siempre de «un modo desigual y combinado», nunca el instante de su mundialización iba a ser total, de modo que las condiciones objetivas, a su juicio, estaban siempre dadas para una «revolución mundial permanente» de la cual la rusa sería solo su primer capítulo. La variación de Bujarin a su vez, fue que, dado el atraso de la economía rusa, el proletariado no estaba en condiciones de conducir el proceso, de modo que éste debería realizarse, en sus primeras fases, y en espera de que las fuerzas productivas estuviesen lo «suficientemente desarrolladas», mediante una alianza entre el «partido del proletariado» y las masas campesinas, para construir el socialismo, según su expresión, «a paso de tortuga». Dichas tesis fueron tomadas después casi en su totalidad por Mao Zedong sin citar a Bujarin, quien ya había sido asesinado por quien entonces era aliado de Mao, Stalin. El gran «aporte teórico» de Stalin fue estar de acuerdo, cada cierto tiempo, con cada una de las variaciones señaladas, asesinando metódicamente a los que estaban en desacuerdo.

Más allá de sus diferencias, todas las variantes mencionadas tenían algo en común, a saber: que el acontecer histórico estaba determinado por el llamado desarrollo de las fuerzas productivas, que internacionalizadas deberían alcanzar alguna vez aquel estado de mundialización o, como se dice hoy, de globalización, que haría factible el advenimiento de una sociedad «históricamente superior».

Globalización y finalismo histórico

Como el límite de la globalización del capital es el globo, consumada dicha globalización, debe tener lugar, si no el fin de la historia de acuerdo a la dialéctica hegeliana-marxista, por lo menos el de la historia del capital y del capitalismo, que para teóricos como Hilferding, Lenin, Trotsky, etc., ya estaba alcanzando su última fase, la más parasitaria y corrupta, del imperialismo. Con arrogante gesto, toda la historia hasta entonces vivida por la humanidad, antes de la llegada de ese comunismo que nunca llegó, la relegó Marx

al basurero de la prehistoria, repitiendo la no menos arrogante actitud de su maestro Hegel, quien entusiasmado con la Revolución Francesa, decretó, en el siglo XIX, el fin de la historia –a la que como se sabe, hace muy poco tiempo, ese hegeliano tardío que es Fukujama, entusiasmado con las revoluciones anticomunistas de 1989-1990 volvió a ponerle fin. La idea de la globalización se encuentra, en efecto, muy ligada al tema del fin de la historia. Y eso es así no solo porque al haber cubierto supuestamente la totalidad del globo el proceso histórico ha alcanzado sus límites de acción territorial, sino que también, y quizás sobre todo, porque se trata de una idea esencialmente finalista. Y el finalismo ha sido una de las características principales de las ideologías racionalistas. De acuerdo con Albrow: «Las representaciones sociológicas de la globalización no son tan problemáticas porque recurren a la historia, sino porque proceden de modo historicista, transformando la Historia en un Gran Relato y a la globalización en la culminación de la modernidad» (p. 161). Quizás huelga decir que dicho finalismo no es sino una transcripción de la lógica de la razón teológica al interior del llamado pensamiento científico, lo que a su vez es signo de una secularización a medias, que se ha realizado solo formalmente en contra de las iglesias, pero no en contra de la lógica sacra.

Para la mayoría de los análisis relativos a la globalización, la dialéctica histórica habría agotado todas sus posibilidades. Según estos, el capitalismo que tenemos no solo es global sino que no encierra más contradicciones fundamentales; se trata de un capitalismo «puro», sin negación, en donde no dominan más que las fuerzas (divinas o satánicas) del mercado. Después de esa globalización no nos aguarda ninguna sociedad superior, no es posible ningún «salto histórico» hacia el futuro. El tren del capitalismo ha recorrido todas las estaciones; ha sido mercantilista, industrial, colonialista, imperia lista, hasta alcanzar ese terminal que se denomina globalización. Más allá, o después de la globalización, hay solo un vacío negro que arrastra a materias, teorías, ideologías e ilusiones. La globalización surgiría así como la fase neomilenaria de la historia. Frente a ese profundo precipicio, solo cabe el gesto heroico, la melancolía, la depresión o todo a la vez. El capitalismo, para sus críticos del pasado, encerraba al menos una promesa histórica: una sociedad «superior». La globalización, para los analistas contemporáneos del capitalismo es, en cambio, un capitalismo sin promesas. En ese sentido el tema de la globalización, como muchos temas que logran imponerse en medios académicos, podría ser el equivalente a una suerte de proyección colectiva de sectores intelectuales que confunden el colapso de sus teorías, o de sus identidades (para muchos intelectuales es lo mismo), con el de la realidad exterior. Por lo menos han impuesto una palabra: globalización. Y suele suceder que esa palabra, al ser tan totalizante, tan absoluta y –valga la paradoja– tan global, no encierra un solo significado sino muchos a la vez. Por esa razón, al tratar de averiguar exactamente qué es esa «cosa» que llaman globalización, consulté una abundante literatura y hube de llegar a una muy extraña definición. Es la siguiente: *Globalización es lo que cada uno entiende por globalización*. Apparently esa definición no dice nada. Pero es más

operativa que una que presuma de decir mucho. Pues si globalización es lo que cada uno entiende por ella, quiere decir que se está despojando al concepto de su apariencia objetiva. Objetividad es siempre subjetividad acordada; no nos olvidemos de esto.

La globalización política

Uno de los pocos autores que no acepta una determinación económica del proceso de globalización es, sin duda, Ralf Dahrendorf. Como es un liberal político (y no un liberal económico: especie muy diferente) no sigue ninguna definición preasignada, y se enfrenta, como muchos, con el problema de tener que explicar lo que entiende por globalización. En ese sentido, plantea que no existe una sola sino varias globalizaciones, las que se expresarían en distintos terrenos¹.

La primera globalización sería la geográfica, en el sentido literal la verdadera globalización. Comenzó el 20 de julio de 1969, cuando el cosmonauta Neil Armstrong tuvo la fortuna de contemplar la Tierra desde la Luna, ofreciendo esa visión por la TV. En los años 70 obtuvimos una segunda imagen global, pero no ya desde la Luna sino a través de distintos informes, como el del Club de Roma realizado por Dennis Meadows, donde se nos alerta acerca de las consecuencias que traerá consigo la devastación ecológica del planeta. Efectivamente: la idea de que vivimos en un globo, y que todo lo que ocurre en cada una de sus partes afecta a las demás, no puede explicarse mejor que por medio de las repercusiones que ocasionan las catástrofes ecológicas. Para poner un ejemplo: si hoy muchos europeos se pronuncian en contra de la destrucción de los bosques amazónicos no es porque de pronto hubieran descubierto su admiración por el paisaje, o por los indios o campesinos de la región, sino que debido a las consecuencias que implica para toda la superficie terrestre el recalentamiento de la atmósfera que ocurriría como consecuencia de la inexistencia de los árboles amazónicos. Por lo menos, sabemos desde Chernobyl cuán igualitarias y democráticas son las catástrofes, naturales y antinaturales. Afectan a diversos países por igual, no reconocen límites geográficos, y sus efectos traspasan a las «clases» sociales. Una tercera globalización sería, para Dahrendorf, la que se deduce de la revolución informática de nuestro tiempo que permite, a través de las inextricables redes de internet, establecer comunicaciones inmediatas entre diversos puntos del planeta, viéndose alteradas, por consiguiente, las relaciones de tiempo y lugar que nos erbe comunes. Fue precisamente a partir de la percepción de esa realidad que diversos publicistas comenzaron a hablar de la «aldea global» (Robertson), antes aun de que el término fuese aplicado analógicamente a las relaciones económicas y políticas. La última globalización, según Dahrendorf, es la de los mercados financieros, pues hoy, como ya predijo Hilferding,

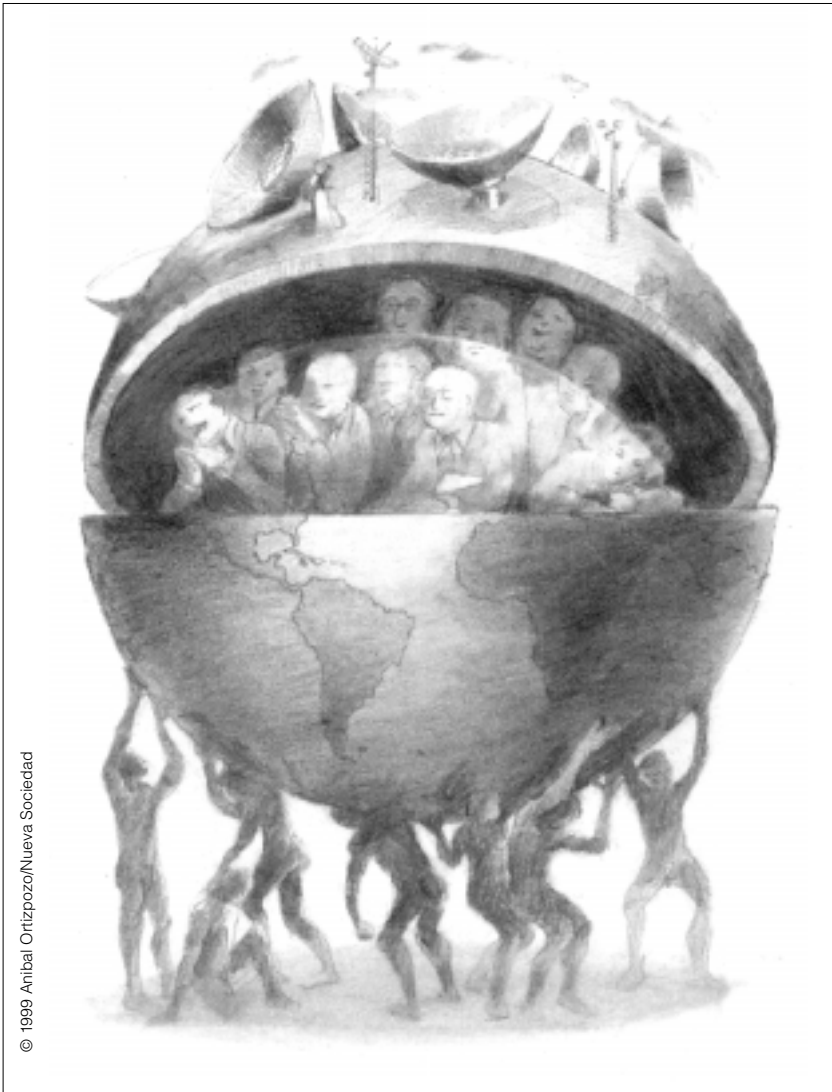
1. En el mismo sentido el grupo de Lisboa distingue siete globalizaciones: de las finanzas; los mercados; la tecnología y el saber unido a ella; las formas de vida, pautas de consumo y vida cultural; las posibilidades de regulación y conducción; el crecimiento político conjunto del mundo; la percepción y la conciencia (p. 48).

se han autonomizado de los procesos económicos, dictando a su vez normas de producción y consumo. Esta sería la globalización económica en sentido estricto, la que para la mayoría de los autores que se refiere al tema es la única globalización o, en el mejor de los casos, la que determina a las demás. Inexplicablemente, esta última parece ser también la opinión de Dahrendorf, pues luego de haber pasado lista a diferentes «globalizaciones», solo se detiene a analizar los peligros y chances que trae consigo la globalización económica. Inexplicable también es que Dahrendorf, un autor muy sensible a procesos políticos, no nos hable de una globalización política. Y digo inexplicable pues el concepto de globalización, surgido probablemente de la informática, alcanzó su pleno apogeo como consecuencia del derrumbe de los sistemas políticos del llamado mundo comunista. Como apunta Albrow «desde el colapso del sistema socialista la globalización es el fenómeno más significativo en las ciencias sociales de la actualidad» (p. 144).

La verdad es que si hay que aceptar el término globalización, no podemos omitir el momento político en que surgió. Y este no fue otro que aquel marcado por el derrumbe de las dictaduras comunistas en la URSS y en Europa del Este. Si no hubiese cesado el «mundo comunista» nadie hablaría hoy de globalización. Pese a que ha sido usado preferentemente en un sentido económico, es un concepto de origen político. Por lo menos hay cuatro razones que fundamentan esa opinión. La primera es que con el derrumbe de los sistemas comunistas tuvo lugar el fin de la Guerra Fría, de profundas consecuencias políticas y económicas. La segunda es que terminó, con el comunismo, una fase histórica que es posible denominar periodo bipolar (Mires 1995, p. 153). De acuerdo a la lógica bipolar, el mundo se encontraba alineado en dos bloques geopolíticos que a la vez daban coexistencia y lógica al llamado orden mundial. El colapso de ese orden ha desorganizado las relaciones internacionales, al punto que para algunos observadores estaríamos asistiendo al «imperio del caos» (Amin). Quizás es esa imagen generalizada de caos una de las razones que explica la desorbitada oferta de nuevos «modelos de orden» que atestan las librerías. Los más conocidos son el «nuevo orden» de Busch, el «periodo poshistórico» de Fukujama, la «guerra de las civilizaciones» de Huntington, la «triada geoeconómica» de Garten y Thurow, los «seis poderes» de Kissinger, «el poder único» de Brzezinski y, por cierto, el modelo más ordenado de todos: la globalización. La tercera razón es que con el fin del segundo mundo, ni matemática ni políticamente se puede hablar de un tercero, como constató al instante Menzel apenas caído el muro de Berlín (1992, pp. 29-38). Incluso la dicotomía Norte-Sur que popularizó Willy Brandt ya no es aplicable. Como plantea el Grupo de Lisboa:

Hoy por lo menos hay cinco 'sures': los recientemente industrializados países del Sudeste asiático; el Sur que exporta petróleo; los países empobrecidos que pertenecían al 'segundo mundo' (gran parte del GUS, Albania, Rumania, Bulgaria, Polonia y parte de Yugoslavia), los países 'en vías de desarrollo' que trabajan en una reestructuración de sus políticas económicas y de desarrollo con el objetivo de apresurar su integración en el 'Norte' (México, Argentina, Brasil, India, China) y por último, el muy pobre 'Sur' (Africa, parte de América Latina y Asia) (p. 79).

Así como ya no podemos hablar de tres mundos, sino de muchos mundos, también hay que referirse a muchos sures y nortes. En el periodo poscomunista, las clasificaciones simples han perdido, sin duda, validez. La cuarta razón es que con el fin del comunismo también ha terminado el periodo de los imperialismos políticos. Dicha afirmación puede sonar asombrosa en algunos oídos. Con ella quiero significar que las adhesiones internacionales ya no se encuentran reglamentadas desde el punto de vista ideológico, de modo que se crean nuevos espacios para la concertación de las más impensadas alianzas económicas y políticas. Más aún: debilitados los vínculos que en el pasado reciente forzaron a diversas naciones a alinearse geopolíticamente,



muchas veces en contra de la voluntad de sus propios dirigentes y pueblos, la misma noción de imperialismo económico comienza a desdibujarse.

Pero para corrientes neoliberales y posmarxistas la globalización sería, a diferencia de Dahrendorf, una sola, y por cierto económica; algo así como la fase superior del imperialismo, del mismo modo que en el pasado el imperialismo fue concebido como la fase superior del capitalismo (Hilferding-Lenin). No es tan aventurado pensar que la recurrencia al tema de la globalización esconde, en muchos casos, el proyecto académico de restaurar, por lo menos teóricamente, la idea de *un solo* imperialismo, para los posmarxistas, y de *un solo* mercado mundial, para los neoliberales. Pero así y todo, se trataría de un imperialismo o de un solo mercado que ya no es controlado por naciones ni Estados, sino por entidades y empresas financieras transnacionales. Ya no resultaría un imperialismo que sigue la lógica del capital, puesto que éste, en su forma más etérea posible, total, universal o global, sería el imperialismo. Incluso, en un análisis tan ponderado sobre la globalización como el del Grupo de Lisboa, se puede encontrar ese sabor «etapista» heredado de doctrinas historicistas y economicistas. La globalización sería, según los autores, «una transición entre un capitalismo que cada vez es más débil nacionalmente, hacia otro capitalismo que cada vez es más crecientemente global» (p. 54). ¿Cuándo comenzó esa transición? ¿Cuándo termina?: teléfono ocupado.

El misterio de la globalización

Pocos autores han logrado sintetizar tan perfectamente la esencia del pensamiento economicista –propio de (neo)liberales y (pos)marxistas– como Elmar Altvater, quien en uno de sus artículos desarrolla la siguiente tesis:

Durante el tiempo de la globalización y de la desregulación económica el Estado nacional pierde, sin duda, su significado. Las decisiones son despolitizadas mediante «deslimitaciones». Ese contexto de globalización, desregulación y despolitización tiene para la cuestión democrática una consecuencia a primera vista paradójica. Sistemas políticos autoritarios pierden frente a la autoridad del mercado mundial su «sentido». Se convierten simplemente en disfuncionales y por eso ceden el lugar a sistemas democráticos. La transición del Estado burocrático autoritario (O'Donnell y otros) hacia sistemas democráticos en América Latina durante el curso de los años 60 («la apertura») y en Europa del Este algo así como una década después, son la reacción política adecuada a la globalización y de ahí que pese a todas sus diferencias son comparables (1997, p. 246).

Más adelante agrega:

En lugar de la represión directa de sistemas políticos autoritarios, en lugar de las dictaduras desarrollistas latinoamericanas, así como en lugar de la economía planificada real socialista de Europa central y del Este, hace su entrada el «imperativo» del mercado mundial, que no es menos eficaz y duro que los antiguos regímenes políticos autoritarios (ibíd., p. 247).

Así, Altvater ha logrado configurar los rasgos fundamentales del economicismo. La globalización, según este implacable paradigma, no es un proceso; tampoco un campo de interacción política, económica o cultural, sino un «ser»

inmóvil, inmutable, que existe más allá de todo tiempo y lugar, y que con su simple presencia determina, en términos absolutos, el destino de los habitantes de esta Tierra, antes aun de que ellos actúen, pues lo explica todo sin excepción. Los movimientos de resistencia en los países socialistas, los Walesa, Habel, Solidarnoc; las multitudes en las calles; los muertos; todos desaparecen, esfumados en la global globalidad de la globalización. La popular y democrática larga lucha latinoamericana para salir de las dictaduras, los pobres protestando en las calles de Chile, las madres de Plaza de Mayo, es decir, todo lo que es historia y biografía desaparece sin dejar huellas. La globalización de Altvater es el *deus ex machina* de nuestro tiempo; derroca dictaduras, impone democracias; derroca democracias y se introduce ella misma para gobernar políticamente. Frente a esa globalización no caben apelaciones; es que ella, al serlo todo, está al principio y al final; es la economía hecha verdad por obra y voluntad de los economistas; es materia y es Idea, está en todas partes. Hagamos lo que hagamos, digamos lo que digamos, la suerte está echada. ¿Por quién? Por la globalización. ¿Y qué es la globalización para Altvater? Es nada menos que el Misterio de la Santísima Trinidad: es el Padre (y la Madre); es el Hijo y es el Espíritu Santo al mismo tiempo.

La leyenda de la victoria capitalista

La creencia de que la globalización económica es determinante sobre la política lleva también a la construcción de uno de los mitos más divulgados de nuestro tiempo: que el derrumbe del comunismo ocurrió como consecuencia de una derrota económica del socialismo frente a la globalización capitalista. De acuerdo con ello, el capitalismo habría sobrevivido al socialismo e impuesto su lógica sobre todo el globo. Una de las razones que parece otorgar credibilidad a ese mítico relato, es que fue adoptado tanto por intelectuales procapitalistas, como por anticapitalistas. Para los primeros se trataba, obviamente, de probar la superioridad de la economía de mercado, la que se habría manifestado en la debacle de las economías socialistas. Para los segundos, en cambio, se trataba de evitar un cuestionamiento a su identidad socialista o de izquierda, haciendo aparecer el fin del comunismo como consecuencia de un triunfo del capitalismo y no de una victoria de las revoluciones sociales, democráticas y populares que en diversos países pusieron fin a las dictaduras, es decir intentaron, mediante la coartada de la «victoria capitalista», proyectar hacia afuera de los países comunistas las razones que llevaron a la caída de las «nomenklaturas». Como puede verse, tanto la versión de derecha como la de izquierda están interesadas en expropiar a los movimientos revolucionarios anticomunistas de una victoria más que legítima. Tal propósito se deja ver en el concepto que ambas tendencias adoptaron para explicar la caída de las dictaduras comunistas: *colapso*.

En primer lugar, colapso es un concepto físico y no político. Ocurre de repente, como un ataque al corazón, y no es necesario hablar demasiado de las razones que lo producen. Y es claro: de acuerdo a la lógica economicista de ambos discursos, la metáfora del colapso se presta admirablemente para ocul-

tar aquella indiferencia rayana en la complicidad de la que hizo gala la mayoría de la intelectualidad occidental respecto a las luchas democráticas en las que día a día sus colegas del Este arriesgaban la vida. La tesis de la «sobrevivencia» del sistema capitalista, que a su vez lleva a la globalización económica, pasa sin embargo, por alto, un leve *detalle*, y es que el llamado mundo socialista no era en primer lugar un orden económico, sino político. Tomando esto en cuenta resultaría imposible referirse al «triumfo» económico del capitalismo. Quiero decir, el llamado mundo comunista estaba integrado plenamente a un mercado mundial que era capitalista. En cierto modo, podría afirmarse que tal como ahora primaba un solo mercado mundial capitalista, con la diferencia de que los bloques a él integrados poseían distintas formas políticas de organización. En otras palabras, la economía era global antes de la globalización (para autores como Braudel y Wallerstein, notoriamente mucho antes).

Más todavía: los dos bloques principales que marcan el periodo de la Guerra Fría no eran económicamente competitivos sino en gran medida compatibles, incluso cooperativos, tan compatibles y cooperativos como hoy es la economía china respecto de la japonesa, con independencia de los diversos órdenes políticos que rigen en ambos países. Incluso si supusiera, como lo hacen ciertos economistas, que el capital y el mercado son individualidades con una lógica propia, habría que decir que para su reproducción el «sistema comunista» les ofrecía garantías, normas y seguridades que hoy no brindan las destruidas economías poscomunistas. Los Estados comunistas disponían en efecto de un enorme poder de compra en los mercados internacionales, y hacia el interior de sus países ofrecían la posibilidad de realizar inversiones a largo plazo, sin el peligro de conmociones financieras e inestabilidades monetarias; por si fuera poco contaban con una «clase obrera» obediente y disciplinada, con una aceptable formación tecnológica y que nunca (salvo en Polonia) hacía huelgas. Desde esa perspectiva, el fin del comunismo debería ser considerado como una derrota y no como una victoria del capitalismo. Al mismo tiempo, lógicamente habría que concluir en que la globalización económica ha dado un paso atrás en lugar de avanzar, pues el llamado mercado mundial abarcaba, durante el periodo bipolar, un espectro social mucho mayor que el que ocupa hoy día. ¡Qué ironías se guarda la historia!

La politización de la economía

Desde luego, encerrar dentro de marcos políticos nacionales e internacionales a empresas económicas que tienden a la globalidad es una tarea política muy importante, sobre todo si se tiene en cuenta que alrededor de ellas tienden a formarse grupos de interés e incluso, como ha constatado el Grupo de Lisboa, nuevas *elites* internacionales. «Los miembros de esas nuevas elites han recibido más o menos la misma educación en las universidades y escuelas del 'norte'. Hablan el mismo idioma, no solo en el sentido lingüístico (angloamericano) sino también en uno cultural» (p. 42). Tales grupos pueden llegar a autonomizarse (y de hecho ya muchos lo han hecho) si es que no

surgen, desde el interior de las propias naciones, proyectos destinados a crear una institucionalidad global que los mantenga bajo cierto control, pues como ha planteado Albrow, «si llevamos la paradoja al extremo, podríamos decir que la clase de *managers* globales no ha surgido porque hay una organización global, sino porque no hay ninguna» (p. 203).

Formulando el problema en dos preguntas: ¿significa la llamada globalización la autonomía supranacional de la economía y el mercado?, ¿o se trata sólo de un proceso transitorio de pérdida de control político sobre determinadas empresas financieras? Mi impresión es que no hemos llegado todavía al último capítulo de la novela. Pero aunque la respuesta a la primera pregunta fuera afirmativa, habría que ponerse de acuerdo si es verdad que el abandono de determinadas funciones económicas por tradición reservadas al Estado lleva, efectivamente, a su debilitamiento institucional. Para coincidir con esa afirmación habría primero que concordar en que las principales tareas que debe cumplir cada Estado son económicas, es decir, con la tesis que es marxista y neoliberal a la vez, en la que la economía determina a la política y la pérdida del espacio de acción financiero de los Estados nacionales lleva a su debilitamiento político. Este es un punto que habría que investigar. Por el momento cabe sostener, a manera de hipótesis, que lo uno no tiene que llevar necesariamente a lo otro y que incluso en algunos casos un angostamiento de los espacios financieros y mercantiles de los Estados podría llevar a un fortalecimiento del poder político, pues el Estado se vería así descargado de funciones que solo puede cumplir con precariedad, para concentrarse en funciones políticas. La relación que existió en el pasado reciente entre gobiernos autoritarios y dictatoriales en América Latina y las medidas económicas liberales que fueron impuestas bajo su égida no hablan precisamente a favor de la tesis del debilitamiento de los Estados. Pero por otra parte una ya larga experiencia histórica ha demostrado que no hay ningún «modelo político» que sea exclusivo o propio a un tipo de economía, o lo que es lo mismo, ningún orden económico posee de por sí una superestructura política particular. Así como el capitalismo industrial ha podido convivir con regímenes democráticos, autoritarios, fascistas y stalinistas, así las llamadas medidas neoliberales, que supuestamente surgen de la globalización, pueden ser aplicadas bajo distintas formas de gobierno. Esas «formas» distan a su vez de ser un factor secundario, pues de ellas depende el destino de incontables seres humanos. Para poner un ejemplo: según cálculos de los economistas Boxberger y Klimenta, si se pusieran en acción todas las tecnologías disponibles que sustituyen trabajo humano, solamente en Alemania serían eliminados diez millones de puestos de trabajo. Al mismo tiempo, si se accionara todo el potencial de «racionalización» disponible, la producción de bienes y de servicios podría ser llevada a cabo por el 20% de la población alemana. El 80% quedaría para siempre sin trabajo. Pero, como aducen los autores «es indiscutible que esto no podría ser soportado por ninguna sociedad democrática ... un trabajador puede llegar a ser superfluo para una empresa, pero seguirá viviendo en la sociedad» (p. 86). Y si esa sociedad o consenso social resultan deteriorados ninguna empresa podrá perfilarse con éxito.

Eso ya lo saben muy bien algunos empresarios, no así sin embargo muchos economistas, que siguen creyendo que lo económico, lo social y lo político son «cosas» distintas. Por eso es que no pueden entender por qué en muchas ocasiones el trabajo «superfluo» puede ser socialmente, y por lo mismo, económicamente, productivo.

Global o no, tenemos que convenir en que «lo económico» se configura a partir de relaciones que no son siempre económicas. Como dijera Galbraith: «El economista que solo sabe economía, no sabe nada de economía». Eso lo entienden muy bien los grandes inversionistas. Antes de invertir en un país se informan cabalmente acerca de las condiciones políticas. De la misma manera, los corredores de bolsa saben que una revolución o un golpe de Estado en un país desconocido puede provocar verdaderos sismos financieros. El mismo hecho de que la llamada globalización no lleve a una homogeneización de las diversas economías locales, sino más bien acentúa disparidades, trabaja en contra de la tesis que sostiene que la economía se ha independizado en definitiva de la política. Por esas mismas razones, la apertura hacia el mercado internacional ha de tener efectos muy diversos en países que no cuentan con protecciones estatales, con sólidas instituciones civiles ni con redes de solidaridad intersocial, frente a otros que, gracias al desarrollo de movimientos sociales y políticos poseen plataformas institucionales e, incluso, una cultura civil que les permite resistir, y también desviar, los embates de la «economía global». La determinación del grado y ritmo de apertura, la protección de industrias locales, la subvención a economías primarias o de subsistencia, las formas de «pasaje» de la industria pesada a la microelectrónica, la protección al medio ambiente, la política social, etc., son aspectos que en primera y última instancia están condicionados al orden político que prevalece en cada nación. Es por eso que los propios neoliberales deben aceptar que un neoliberalismo puro es una imposibilidad pura. La utopía negra del mercado total solo sería posible en un país en que fueran definitivamente suprimidas todas las relaciones políticas y democráticas, algo que fue intentado en Chile y Argentina en el pasado, y ni así fue posible. Ni siquiera la expresión más radical del neoliberalismo globalizante, como fue el periodo de Thatcher en Inglaterra, habría tenido lugar si el gobierno no hubiera practicado un sistema de concesiones y negociaciones políticas con la oposición². De ahí que el mejor antídoto en contra de las amenazas que provienen de los mercados internacionales es continuar profundizando los procesos de democratización, aun más allá de sus propios límites.

Palabras finales

Objetivo de este artículo ha sido discutir algunos de los presupuestos de la metafísica globalista de nuestro tiempo. Porque si es verdad lo que (pos)mar-

2. El hecho de que el gobierno de Tony Blair aumente la «impureza» de la economía liberal al cruzarla nada menos que con las tradiciones del socialismo laborista es un desmentido a aquellos que opinan que la economía ha establecido su dictadura definitiva sobre la política.

xistas y neoliberales nos relatan, en efecto hemos llegado al fin de la historia; por lo menos, al fin de la historia política. Y si mis palabras no resultan creíbles, que lo diga Altvater: con la globalización «desaparece el espacio de la política y, consecuentemente, el lugar de la democracia» (1997, p. 250). Y esa conclusión en el fondo también es política, pues más allá de lo que piense Altvater, es un llamado abierto a la resignación y a la apatía. Como ha escrito Birnbaum: «Si a pueblos enteros se les dice que aspectos decisivos de su vida –como salario y trabajo– ya no pueden ser controlados, ni siquiera discutidos, hay que esperar que de ahí surjan innumerables patologías». Una de las tareas de la acción política es ordenar la vida social y cultural y poner límites donde reinan la anarquía y los excesos, pero al mismo tiempo, la acción política ha de liberar lo que está demasiado jerarquizado o reglamentado, o lo que es represivo o injusto. No hay ninguna razón entonces para suponer que con la mentada globalización de la economía mundial termina la política, ni como teoría ni como práctica. Todo lo contrario: a ella le han sido impuestas nuevas tareas. En ese sentido, la globalización, si es que en verdad existe, podría ser también un chance.

Bibliografía

- Albrow, Martin: *Abschied von Nationalstaat*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Altvater, Elmar: «Markt und Demokratie» en E. Altvater, Achim Brunnengräber y otros (eds.): *Vernetzt und Verstrickt*, Westfälisches Dampfboot, Munster, 1997.
- Altvater, E. y Birgit Mahnkopf: *Grenzen der Globalisierung*, Westfälisches Dampfboot, Munster, 1996.
- Amin, Samir: *L'empire du chaos*, París, 1991.
- Beck, Ulrich (comp.): *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Birnbaum, Norman: «Mehr Demokratie wagen» en *Die Zeit* 44, Hamburgo, 24/10/1997.
- Boxberger, Gerald y Harald Klimenta: *Die 10 Globalisierungslügen*, DTV, Munich, 1998.
- Dahrendorf, Ralf: «Die Globalisierung und ihre sozialen Folgen werden zur nächsten Herausforderung einer Politik der Freiheit» en <<http://bda.web.aol.com.19971114.html>>.
- Gruppe von Lissabon: *Grenzen des Wettbewerbs*, Bundeszentrale für Politische Bildung, Bonn, 1997.
- Habermas, Jürgen: *Die Einbeziehung des Anderen*, Francfort, 1996.
- Habermas, Jürgen: «Jenseits des Nationalstaats» en Ulrich Beck: *Politik der Globalisierung*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Heuser, Uwe Jean: «Der Ruckkehr des Staates» en <<http://bda.web.aol.com./19980205.html>>.
- Hilferding, Rudolf: *Das Finanzkapital*, Euro. Verl. Anstl., Francfort, 1974.
- Hirschman, Albert: *Leidenschaften und Interessen*, Suhrkamp, Francfort, 1987 [*The Passion and the Interest. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, 1977].
- Jenner, Gero: *Die arbeitslose Gesellschaft*, Fischer, Francfort, 1997.
- Leggewie, Claus (comp.): *Wozu Politikwissenschaft?* Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1994.
- Luhman, Niklas: *Der Staat des politischen Systems* en Ulrich Beck (comp.): *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Marx, Karl y Friedrich Engels: *Werke*, t. 4 y 9, Dietz, Berlín-Este, 1956.
- Menzel, Ulrich: *Das Ende der Dritten Welt*, Suhrkamp, Francfort, 1992, pp. 29-38.
- Menzel, Ulrich: *Globalisierung versus Fragmentierung*, Suhrkamp, Francfort, 1998.
- Mires, Fernando: *El discurso de la miseria*, Nueva Sociedad, Caracas, 1993.
- Mires, Fernando: *Die Ordnung des Chaos*, Exodus, Friburgo, 1997.
- Mires, Fernando: *La revolución que nadie soñó*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996.
- Preis, Ludger: «Transnationale Soziale Räume» en U. Beck (comp.): *Perspektiven...*, cit.
- Robertson, Roland: *Globalization*, Sage, Londres, 1992.